

«Quizá estemos a punto de matar el erotismo», dicen los alemanes, anegados por su revolución sexual.

El semanario alemán «Der Spiegel», que tira más de un millón de ejemplares, consagra, en su número del 2 de agosto, su buena decena de páginas al sexo, páginas que vienen ilustradas con fotografías verdaderamente «de aúpa». La portada nos lanza a los ojos, sobre el primer plano de un tenso vientre en perspectiva, los encantos de una mujer en oferta, con su aduana crítica cerrada por la barrera de un reticente título: «Zuviel Sex?», «¿Demasiado sexo?».

Decididamente, Alemania ha cambiado no poco. Lo rosa sustituye al caqui, el jadeo erótico ahoga el rítmico pateo de las legiones. ¡Más vibro-masaje y menos cañones! Que resulta mucho más reconfortante. Pero «Der Spiegel», sin duda para regocijo de sus fieles lectores, se pregunta acerca de esta ola de amor que anega a Alemania. Y, ciertamente, hay de qué. La vieja tradición de la «porno» germana se parece, como un huevo a otro, a la secular picaresca francesa: ésta se domiciliaba en Pigalle, la otra —con sus trucos de caucho— en Sankt Pauli, el barrio «reservado» de Hamburgo.

En principio, hoy, el sexo sin aduanas sería, más bien, escandinavo. Sin embargo, el fenómeno permanece en Escandinavia un tanto circunscrito y temperado por la exquisita urbanidad local. Al contrario de Alemania, gran país dinámico, bien conocido por sus milagros, donde el asunto se embala con fuerza y hace que la situación descrita por «Der Spiegel» llegue a producir vértigo. Si la nube inicial fue Sankt Pauli, hoy la tormenta lo inunda todo en Alemania.

Se prevé que, de aquí al fin de año, el número de clubs y «boites» nocturnas especializados en lo sexual, lo homosexual, lo poli-sexual, lo sado-masoquista y el fetichismo ha de verse multiplicado por tres. Estos establecimientos emigran lejos de las grandes ciudades, hasta las más tranquilas aldeas. La prensa les sirve de eco formidable. Hasta el extremo de que en los quioscos, repletos de revistas especializadas en lo «porno» —que aquí ni conocemos—, apenas si puede verse un título político. Un ejemplo: el «Sankt Pauli Nachrichten». Se lanzó en 1968 con diez mil ejemplares de tirada. Hoy marcha por encima del millón. Lema: «Sed agradables los unos para con los otros». Se trata de una extrapolación del pensamiento de Lars Ullerstram, el sueco «duro» autor de las «Minorías eróticas», que sugiere a los mirrones que se asocien con los exhibicionistas, y a los sádicos que adopten el punto de vista de los masoquistas. Los números de «Sankt Pauli Nachrichten» se caracterizan por diversos pequeños anuncios, y en



SEXO «ÜBER ALLES»

su Redacción se reciben cien kilos diarios de correo. «No estamos aquí para divertirles —dice con orgullo su redactor-jefe—. Aportamos a la gente una ayuda vital».

Las publicaciones específicamente pornográficas no son las únicas en difundir la buena nueva: hasta las más pedantes se ven obligadas a ofrecer sacrificios a la coyuntura orgiástica. «Joven pareja (veintiseis años, 1,62 metros; treinta y cuatro años, 1,80 metros) busca compañía incondicional con pareja del mismo tipo», puede leerse en el serísimo «Frankfurter Rundschau». Ni los mismos periódicos militantes, ni los de izquierda, escapan a esta ley. Por ejemplo, en Francia es conocido el nombre de la señora Beete Uhse, cuyos prospectos de propaganda llegan frecuentemente a domicilio.

Fue la primera en exportar la artesanía en caucho procedente de Sankt Pauli, y en difundirla, mediante desenfadados despliegues de imaginación obscena, a escala industrial. Pues bien, Beete Uhse queda ya muy atrás, rebasada por ese centenar de «sex-shops» abiertas en Alemania, junto a las que esas «boutiques» que tímidamente se abren en Francia parecen castas jugueterías infantiles. La señora Uhse alcanzará este año la cifra de 53 millones de nuevos francos en sus negocios. Y, sin embargo, no es más que uno de los eslabones de la inmensa cadena. Carla Henningsen, una firma en continua alza, multiplica las «porno-shops» en la frontera danesa. Cada almacén despacha diariamente una decena de látigos, a mil pesetas la pieza, sin contar el resto.

Casi la mitad de las películas que salen son... especiales. La televisión está también en marcha, incluso en horas en que los pequeños no se han ido todavía a dormir. El sexo llega por todos los caminos y, quiérase o no, su mercado se hace cada día más abierto. El mundo editorial ha intentado resistirse. Imposible. Los beneficios mandan. La necesidad de encontrar a toda velocidad la mercancía que sea, vuelve a los editores muy poco exigentes respecto a la originalidad del producto. Los caducos tumbos de la vieja Fanny Hill han sido objeto de ocho ediciones competitivas, desde mil hasta 50 pesetas el volumen. La famosa «Tabla de multiplicaciones por dos», con sus ciento once variantes, ha batido todos los records: trescientos mil ejemplares.

Hasta los editores contestatarios se han visto forzados a pasar por el aro, aunque a veces publiquen bajo denominación editorial supuesta. El famoso Rowohlt, por su parte, no se ha preocupado del incógnito: lleva ya publicados veintidós volúmenes de su colección «enciclopédica», que se vende muy bien. La calidad importa poco, la etiqueta «porno» garantiza el éxito. A fin de dirigir su colección, Rowohlt ha llamado a un sexólogo serio y célebre, el doctor Giese.

Curioso personaje este Giese: el éxito comercial alcanzado por su objeto de estudio, más que alegrarle, le inquieta. Para el doctor Giese es hermoso y bueno el hacer que los tabúes caigan y que su placer no se vea entorpecido: pero el lado irremediamente feo, vulgar, pesado, limitado y frío de la pornografía de bazar ha dejado un regusto de ceniza en los labios del sabio. «El culto del sexo reemplaza a la liberación sexual mediante otra clase de fetichismo», ha dicho el doctor Giese,

que añade: «Este "boom" comercial no prueba más que una cosa, y es que existen entre nosotros multitud de insatisfechos y de frustrados...». En efecto, la diarrea de la pornografía es al erotismo lo que el circuito de autobuses es al viaje. Al doctor no le faltan razones para estar preocupado. Ahora bien, tampoco es para presumir, por contraste, de puros o de seres más bien inclinados al triunfo del romance en el amor. Entre nosotros no es precisamente la clientela potencial lo que falta. Falta la libertad. Y es la liquidación de censuras lo que los alemanes están en trance de conseguir. Ellos tienen, en su código, un viejo párrafo de ciento ochenta y cuatro líneas que, en principio, permite amordazar a pornógrafos y erotómanos. Pero mientras nadie se sienta directamente perjudicado hasta el punto de presentar denuncia, la Policía tiene la consigna de dejar hacer. «En el fondo —dicen, resignadas, las autoridades—, lo que no daña a los jóvenes da-

neses no debe de ser fatal para los alemanes adultos... la moral cambia y cambiará aún. Mientras tanto, tratemos de no cubrirnos de ridículo». Aviso para los aficionados.

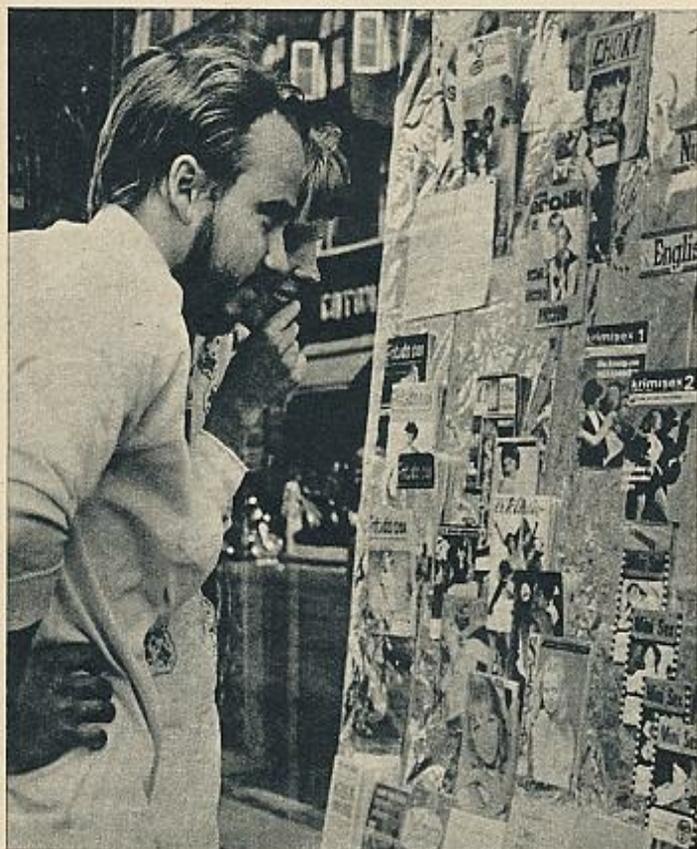
Aquí y allá, en Alemania, aparte la mayoría silenciosa que hace su agosto ante la invasión pornográfica y evoluciona muy suavemente (1), se levantan algunas voces en son de protesta. Pero las protestas vuelan muy bajo, como aquella, sempiternamente remachada, del sociólogo Helmut Schelsky: «¡Al destruir el tabú de la sexualidad, se mata el erotismo!». Como siempre, los conservadores gritan contra la libertad, en vez de denunciar la sistemática comercialización de una libertad escamoteada. Por su parte, los jóvenes han visto que la burguesía, al codificar, reprimir y moralizar el sexo, persigue, sobre todo, acaparar sin trabas toda la fuerza de trabajo encerrada en la mano de obra joven. Es «Der Spiegel» quien lo dice. Y dice también que los jóvenes en cuestión

miran con divertida perplejidad cómo la burguesía se adjudica tan radicalmente la libertad sexual apenas conquistada.

Esta especie de juego al escondite (que era, sin embargo, bastante fácil de prever) ha podido quizá representar un decisivo papel en la muerte del doctor Giese, cuya última entrevista publica «Der Spiegel». El 22 de julio último, en Saint-Paul-de-Vence, el doctor Giese cayó por un acantilado de cuarenta metros. Se habló de accidente. De hecho, el famoso sexólogo, que era homosexual, acababa de reñir con su joven amigo, Klaus Hartmann, de veintiséis años. Se marchó, poco después, completamente solo hacia el monte y, posiblemente, se mató por amor. ■ JEAN-FRANÇOIS HELD.

(1) En 1967, de cada cinco alemanes uno estimaba que la joven debe llegar virgen al matrimonio. En 1970, tal opinión es sustentada por uno de cada diez alemanes.

La calidad de esta literatura, servida en varios idiomas, importa poco: la etiqueta «porno» garantiza su éxito. En la foto, la pareja, mezcla de asombro y regocijo, contempla la profusión de títulos, cubiertas y anuncios.



«El mundo editorial ha intentado resistirse. Imposible. Los beneficios mandan. La necesidad de encontrar a toda velocidad la mercancía que sea, vuelve a los editores muy poco exigentes respecto a la originalidad del producto».

